



Relatos de la “Strat al-thāhir Baïbars”



VII – Paladín de doncellas 35 – La cólera del *babb*

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
 Fecha de Publicación: 2020
 Número de páginas: 5
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
 Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

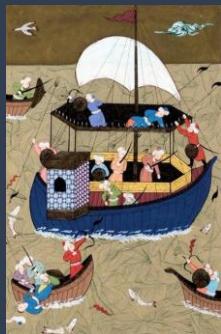
www.cedcs.org
info@cedcs.eu



35 – La cólera del *babb*

“De cómo el *babb* Micael, al ver que le habían robado su corona, y siempre aconsejado por el malvado monje Yauán, llama a la guerra a los otros reyes de la costa, para una nueva cruzada contra los musulmanes. Alepo es amenazada; los franceses reconstruyen Antioquía, y el rey El-Zâher, vestido de beduino va en busca de los fidauis para ver de qué lado se encuentran...”

Y el narrador continuó así su relato...



Mientras tanto, ¿qué había pasado con el *babb* Micael? Como os acordaréis, le habíamos dejado apaciblemente dormido bajo su mosquitera, en los jardines de su palacio. A punto de amanecer, se despertó al notar extrañamente frío en la cabeza. Llevándose la mano a la frente, se dio cuenta de que su corona había desaparecido; frenético, la buscó por todas partes, y en esas, encontró una carta sobre su almohada. Rompió los sellos y leyó lo siguiente:

“*Del Comendador de los creyentes a Micael,*

¡Maldito seas, babb! ¿Es que te has vuelto ciego, o es que tu reino está tan mal de bueyes y corderos como para que quieras sacrificar a tus doce mil cautivos musulmanes? ¡Recuerda, pobre desgraciado, el día en que vine a Constantinopla, y dónde te capturé cuando yo no era más que el mameluco de El-Sâleh¹! Además, te aconsejo que cuides y muy bien a tus cautivos: si se te ocurre verter una sola gota de su sangre, arrasaré el Santo Sepulcro, asolaré los reinos de la Costa y cortaré la cabeza a los veinte mil cautivos cristianos que tengo en El Cairo. Así que si quieres salvar tu reino de la ruina y a tu ejército de una lamentable derrota, deroga públicamente tu decisión y hazme llegar la suma de un jazneh² como rescate de tu sangre. Por lo demás, la forma en que te ha llegado esta carta, habla por sí misma.”

¹ Ver *La traición de los emires*.

² Moneda equivalente a unos 100.000 francos de oro.

Con el corazón hirviendo de rabia e impotencia, Micael mandó llamar en el acto a Yauán.

- Y bien, *abbone* –le dijo con voz glacial–, ¿y si me comentaras un poco lo que andas haciendo, obstaculizando la puerta de la ciudad, e impidiendo a mis súbditos ganarse el pan de cada día?

- Pues... estoy vigilando a todos los que entran y salen, para capturar al rey de los musulmanes cuando llegue: ¿no era ese nuestro plan?

- ¡Sí, tu plan; un plan que no vale un comino! –explotó Micael– ¡Gracias a ti me han robado mi corona y mi honor!

Entonces le contó lo sucedido por la noche, incluido el extraño papel que había jugado el conde.

- ¡A mí también me ha pasado lo mismo! –exclamó Yauán– Dime, Bartacûsh, ¿te acuerdas de aquel patrício que te envíe a interrogar el otro día, cerca de las puertas?

- Claro que sí, ya te lo he dicho, era el sobrino del conde, el que volvía de Scutari.

- Y tú, *babb*, ¿conoces a ese conde?

- A fe mía que sí, se llama Tomás.

- Pues hay que convocarle ahora mismo aquí e interrogarle.

Un destacamento de patricios se presentó de inmediato en el palacio del conde. Al entrar, descubrieron una auténtica carnicería: el maestro de ceremonias había sido degollado, junto con todo su servicio. Sobre el lecho, un mensaje bien evidente:

“Un buen consejo: jamás os fieis de las apariencias. Yo, Badr, hijo de Shamseh, soy el que ha consumado estas proezas. Has de saber, Micael, que si tocas un solo cabello de los cautivos, por el honor de Aquel que reveló el Evangelio, la suerte que te espera será tan terrible que hará temblar hasta a las generaciones futuras.”

- ¡Bah! Ese es solo un bandido musulmán –remachó Yauán–. Créeme, no tienes por qué cambiar tus planes: da la orden de decapitar a los cautivos, al menos nos desharemos de ellos.

- ¡Por el honor de mi religión, ese es el consejo más absurdo que he recibido nunca! –protestó Micael– Toma, lee esta carta llena de amenazas que me ha enviado El-Zâher.

Con el corazón lleno de rabia, puso a los cautivos bajo una buena vigilancia y juró con los juramentos más sagrados, que los crucificaría sobre las murallas de la ciudad, en cuanto hubiera recuperado Antioquía y arrasado el país de los musulmanes. Naturalmente, Yauán se empleó a fondo para animarle en tal empresa.

- Si entras en campaña ahora para vengar la afrenta hecha a tu corona, tendrás todo el derecho de tu parte –afirmó Yauán– porque ha sido el rey de los musulmanes el que te ha agredido sin motivo alguno, y todas las religiones están de acuerdo en decir que el agresor siempre es culpable.

Así reconfortado con ese proyecto estúpido y dañino, Micael envió cartas a todos sus vasallos, ordenándoles que reunieran a sus tropas. Mandó también un mensaje a su

sobrino Renaud¹, un terrible guerrero que estaba al mando de la ciudadela de El-Tard; cuando éste llegó, a la cabeza de sus tropas, Micael le mostró la carta de El-Zâher.

- Puedes contar conmigo –le aseguró Renaud– ¡Voy a hacer que los mejores guerreros musulmanes muerdan el polvo, y te los traeré cargados de cadenas!

Una vez reunidas todas las tropas, con todo el equipo y provisiones necesarios, Micael dio la orden de hacerse a la mar: en aquella época, la flota bizantina contaba con más de mil navíos de guerra. Una vez desembarcados en la ensenada de Suwaydiyyeh², el ejército se dirigió rápidamente hacia Antioquía, y comenzó a reconstruir las murallas y las fortificaciones: animados por la promesa de una buena recompensa; los albañiles hicieron maravillas y, en pocos días, la ciudad había recuperado su apariencia de antaño. Hecho esto, Micael, aconsejado por Yauán, redactó una carta a la atención del virrey de Alepo y se la confió al gran patrício –algo así como un oficial de rango superior.

Éste se puso inmediatamente en marcha, acompañado de sus hombres. Cuando llegó a Alepo, se presentó en el palacio del Gobierno, ante Imâd El-Dîn, al que entregó el mensaje; éste, decía lo siguiente:

“De Micael, emperador de Constantinopla y comendador de las siete legiones³,

Seguro que ya te habrás enterado de que he reconstruido lo que destruyó el rey de los musulmanes y que he venido para vengar a los reyes de la Costa y lavar la afrenta que se les ha infligido. Si eres un hombre de sentido común, en el momento en que recibas esta carta, me entregarás la ciudad de Alepo, me darás sus llaves, después de ordenar a sus habitantes de que la evacuen. Si lo rechazas, y pones a la ciudad en Estado de Sitio, entonces, por el honor de mi religión, por los Ancestros del patriarca Yauán y por la santidad de los monjes, yo marcharé contra ti a la cabeza de un ejército innumerable, y arrasaré Alepo hasta el último bastión de sus murallas.”

Al conocer este ultimátum, Imâd El-Dîn reunió a los notables de la ciudad y les consultó acerca de la decisión que convendría tomar.

- Nuestro visir, ese Micael es uno de los siete grandes reyes⁴ –le respondieron–. En fin, que está a dos pasos de nosotros. Si respondemos demasiado agresivamente, es de temer que nos caiga encima antes de que el sultán haya podido enviarnos ayuda. Lo mejor sería buscar la manera de ganar tiempo, con diversos pretextos y así, aprovechar para avisar a su majestad El-Zâher Baïbars: sólo él es capaz de afrontar a ese descreído.

El consejo le pareció juicioso a Imâd El-Dîn; convocó al mensajero y le dijo lo siguiente:

¹ “Armâd” en el texto, que podría ser una deformación de ese nombre.

² Puerto situado en la desembocadura del Oronte, no lejos de Antioquía.

³ Esta expresión forma parte de los títulos del emperador bizantino en el “Baïbars”; no hemos podido descubrir el origen exacto.

⁴ Ver la nota precedente. “Grandes reyes” traducido de *qîrân*, “título que daban los turcos a los reyes franceses” (de B. al-Bustany, *Muhît al-Muhît*).

- Necesito algunos días de plazo, el tiempo necesario para avisar a la población y preparar la evacuación de la ciudad: cuando todo el mundo haya partido, te entregaré las llaves y tú podrás llevárselas a tu señor.

Mientras los franceses montaban su gobierno en el palacio de los invitados, Imâd El-Dîn, sin perder un segundo, redactó un mensaje al rey El-Zâher Baïbars, adjuntándole la misiva de Micael, enviándolo todo a El Cairo con una paloma mensajera.

Próximo relato de “Paladín de doncellas”:

VII.36 - “¡Atrapado!”